

Tiempo fuera

Dulce María Delgadillo

*El paso del tiempo no sólo trae consigo nuevas experiencias:
también produce cambios en los tejidos y órganos
de nuestro cuerpo*

SEGURAMENTE SE PREGUNTARÁN CUÁL ES el motivo de esta reunión. Quise compartir con ustedes cierta información que documenta parte de nuestra vida en común. ¿Recuerdan aquellas fotografías que nos tomaron al finalizar los ciclos escolares que cursamos juntos durante varios años? Las encontré al revisar una caja enorme de recuerdos: objetos en desuso, anquilosados, pero no olvidados, y altamente significativos. Quiero recurrir a la memoria colectiva de este, nuestro grupo de camaradas, y solicitar su ayuda para clasificar esas fotos de acuerdo con su cronología, con el orden de aparición en el curso temporal de su existencia. ¿Por qué hago esto? Porque creo que sería bueno llevar a cabo un ejercicio de rememoración para no perder el pasado que, si bien hemos dejado atrás, es innegablemente un sustento de lo que somos ahora. Además, quisiera que juntos veamos cómo los años que se fueron dejaron una huella que nos ha estado cobrando facturas.

Entre las fotografías encontradas, todas exhiben escenas y poses de aquel grupo de amigos de hace años en los que el tiempo aún corto de nuestras vidas no había hecho mella alguna: ni física, en nuestros cuerpos y caras, ni moral, en esa ingenuidad de jóvenes ávidos de conocimiento y experiencias. Sentémonos en grupos de dos o tres, miremos cada foto durante varios minutos, y veremos que en ese corto lapso, a pesar de reconocernos a nosotros mismos, la contemplación de nuestras representaciones resultan una revelación, ya que el papel no puede fungir como un espejo, ni siquiera en una retrospectiva fiel y consciente, porque de forma un poco cándida no hemos notado los cambios físicos, lentos y paulatinos, que se han venido



sucediendo en nuestros organismos. Por supuesto que en los retratos todos nos vemos mucho más jóvenes de lo que somos hoy en día, pero en algunas de las imágenes encontradas estamos casi irreconocibles porque, en general, ahora pesamos más kilos, y la grasa se ha acumulado alrededor de cinturas y caderas, y nos ha obligado a dejar atrás los pantalones ajustados y las camisas llamativas. A pesar de la observación subjetiva de las fotos, el discernimiento de las tallas que teníamos en esa época es sólo un recuerdo, y quizá con nostalgia guardemos una o dos prendas que, algún día, creímos que volveríamos a usar. Sólo aquellos que regularmente hacían y continúan practicando algún tipo de ejercicio se siguen mostrando esbeltos. Podemos ver que también nuestra estatura se ha reducido: quizá haya sido por el ensanchamiento corporal normal que da la madurez o por la pérdida natural de funcionamiento de las epífisis de nuestros huesos, que ya no permitió más su crecimiento. Además, como éste tiene un componente genético, no podemos decir de ninguna manera que esperábamos más de cada uno.

En nuestras cabezas los cabellos que las pueblan ya no son iguales. En la mayoría se ha mermado sustancialmente la producción de melanina, y, a pesar de los tintes aplicados, la ausencia del pigmento es notoria; otros hemos ido perdiendo poco a poco la abundante cabellera juvenil y en la actualidad hay quien tiene más pelo en la cara que en la cabeza. Nuestra piel ha perdido la tersura y suavidad de la juventud y las ha permutado por lo que dignamente hemos llamado surcos de experiencia, y si antes la veíamos limpia, sin manchas, ahora las pecas de la granazón han ganado terreno sobre la epidermis de manos, cuello y algunas partes del rostro. Nuestras dentaduras tampoco son las

mismas: muchos nos hemos convertido en pacientes más que regulares de dentistas que han hecho en varios casos verdaderos milagros en la recuperación de órganos dentales que, por la exposición a sustancias como el tabaco y los malos hábitos alimenticios, se han dañado trascendentalmente.

Y con descripciones de los cambios fisiológicos podríamos llenar varios tomos porque, triste es decirlo, hay entre nosotros buenos y claros ejemplos de diabetes, hipertensión, menopausia, andropausia, gastritis, colitis, elevación de colesterol y triglicéridos, várices. En fin, la mayoría llevamos a cuestras una pequeña farmacia para algún tipo de patología crónica, o simplemente para emergencias. Muchos hemos dejado o al menos disminuido el consumo de alcohol, tabaco y café. Nuestras desveladas son ocasionales, por gusto propio, y casi todos padecemos el insomnio dado por la espera de un hijo por la noche.

Fuera de los cambios fenotípicos (o sea, los que tienen que ver con nuestra información genética y con cómo interactuamos individualmente con nuestro medio), todos mantenemos lo que el genotipo (el contenido genético que está grabado en nuestras células) marcó desde el momento en que fuimos concebidos, cuando la fusión de los cromosomas y la recombinación de los genes de nuestros padres originó el cigoto del que provenimos. Dentro de esas características determinadas por el genoma, la singularidad de cada uno de nosotros se impuso ante el momento que le tocó vivir. Sin embargo, todos nos enfrentamos a lo circunstancial de nuestra existencia y mantuvimos un comportamiento homogéneo con respecto a la amistad que nos profesamos. Pero díganme: ¿alguno de ustedes se dio cuenta de cuándo comenzó a envejecer? ¿De qué

manera perdimos la medida del tiempo, o cómo fue que nos perdimos en él?

Yendo más allá en un ejercicio de memoria, hagamos un espacio entre las fotografías y recordemos cuando desafiábamos a nuestros ciclos circadianos y comenzamos a retar al día y a la noche manteniendo la vigilia durante muchas horas, de tal modo que caímos en un insomnio que perdura hasta la actualidad. En esos momentos de desvelo nos parecía que el tiempo se deslizaba como el agua de una clepsidra: sinuosa, lenta, sin prisa, sin requerir la luz que le podría dar el día o el abrigo proporcionado por la noche. Parecerían ser instantes en los que no envejecíamos. Y sin embargo, comenzamos a notar ojeras y bolsas bajo los ojos. Como justificación a ellas nos sentíamos jóvenes, bohemios e idealistas.

Al pasar el tiempo, trocamos el ciclo circadiano por uno mensual, algunos, y anual, otros, regido por tareas escolares o laborales. Los deberes nos hicieron cambiar la clepsidra por un reloj con alarma, de pulso o de buró, que nos ayudara a ir realizando cada función diurna o nocturna con un programa cada vez más complejo. Hubo quien incluso comenzó a llevar una agenda estricta de sus actividades. La alarma se llegaba a desconectar durante las vacaciones, que nunca alcanzaban para olvidar su sonido.

Y el tiempo continuó su curso. Entonces las obligaciones de la gente adulta en la que nos convertimos —y además en edad productiva y reproductiva— nos fueron absorbiendo poco a poco. El reloj se aceleró y se transformó en un cronómetro, en algo más práctico para nuestro acelerado modo de vida. Empezamos a medir cada instante, los días, los meses y los años se sucedieron imparablemente; las horas parecían tener menos de 60 minutos, de modo que incluso llegamos a manejar los segundos en su todavía contable milésima parte. Y sólo para que el tiempo alcanzara, aunque no supiéramos con certeza para qué, puesto que dejamos de lado muchas de las cosas que, cuando éramos más jóvenes, adorábamos. El insomnio y las ojeras se incrementaron ante la angustia de no alcanzar al que se convirtió en un enemigo común: el reloj checador en el trabajo o las puertas a punto de cerrarse de las escuelas de nuestros hijos. Regidos por el angustioso sonido de un metrónomo, seguimos paso a paso los días.

Ahora, aquí juntos otra vez, nos damos cuenta de que todo ha quedado registrado en nuestro reloj biológico, en lo visible, tangible o fisiológico, en lo fácilmente diagnosticable de nuestro organismo. En la apariencia física y en los pensamientos que poco a poco también fueron evolucionando para adaptarse a las circunstancias que el destino nos deparó y que no pudimos pronosticar en aquellos años en los que las imágenes de quienes fuimos se fijaron en una emulsión fotográfica, allí, en donde un medio de dispersión y una fase sensible a la luz nos detuvieron en el tiempo, en un instante en el que la gelatina y el haluro de plata reaccionaron químicamente para que, años después, miremos cómo fuimos y nos percatemos de lo que ningún tipo de reloj ha movido: la esencia misma de quienes somos y el afecto que existe entre nosotros. Entonces, ¿qué les parece si nos tomamos otra foto? Vamos, acerquémonos, posemos para que el disparador de la cámara fotográfica permita la apertura del diafragma y la luz entre a sensibilizar la película para inmortalizar este momento, y que, probablemente, en unos años y con más achaques, podamos tomar otro tiempo fuera y repetir la experiencia que hoy hemos tenido. 

